

ADIÓS MUCHACHOS O LA AVENTURA DE LOS JUDÍOS EN LA FRANCIA DE VICHY

Mikel Aizpuru

Universidad del País Vasco

Introducción

La forma de aproximarse a la Segunda Guerra Mundial entre los países triunfadores de dicho conflicto ha sido bastante diferente. Las películas realizadas en la Unión Soviética, el Reino Unido o Estados Unidos, con las lógicas variantes, han mostrado habitualmente la firmeza y determinación con la que se enfrentaron al peligro de la Entente. Los escasos filmes que han adoptado una visión más crítica (Uno de los más conocidos de los últimos años fue *Saving Private Ryan*) insisten en la crudeza y brutalidad del hecho bélico, pero no ponen en cuestión la necesidad histórica y la legitimidad de la intervención de su país en aquel enfrentamiento.

El caso francés es diferente, ya que evocar la Segunda Guerra Mundial, exige referirse al periodo de la Ocupación y, por tanto, a la colaboración de las autoridades con la Alemania nazi y a la acomodación de buena parte de la sociedad gala a dicha situación. La Ocupación es, por lo tanto, un sujeto particularmente sensible en el desarrollo sociopolítico francés. Se trata de un momento de corte en la historia gala, «un pasado que no ha sucedido» que resurge una y otra vez en la vida del país vecino como lo

testimonian las polémicas sobre la presencia del fallecido presidente Mitterrand en el aparato administrativo generado por el gobierno de Vichy, con ocasión de los juicios a importantes colaboracionistas como Touvier y Papón o por el caso Barbie.

El cine, en tanto que testigo de las preocupaciones dominantes de las sociedades en las que se desarrolla, no podía dejar de ser reflejo de esa ambivalencia, desde el mismo momento histórico objeto de estas páginas. Así, en las películas rodadas entre 1940 y 1944, los acontecimientos que se vivían cotidianamente apenas tenían espacio en las imágenes dramáticas¹. Tras 1944 y a diferencia de la visión literaria que subraya los aspectos negativos de la Ocupación, el cine francés mostró durante bastantes años una mirada conforme con el discurso político dominante entre los triunfadores: la Francia fue en su conjunto parte de la Resistencia antinazi, participando valientemente en las acciones de oposición contra los ocupantes alemanes.

Esa es la opción adoptada por alguno de los filmes emblemáticos del momento como *La bataille du rail* o *Le père tranquille*, los dos rodados en 1946 por René Clément. Ambos ofrecen la imagen de una Francia unánimemente resistente, sin conflictos interiores o sin tensiones entre los diferentes brazos de la Resistencia, de acuerdo con la mitología gaullista-comunista y en la que, además de las escasas referencias a las mujeres, se muestra una imagen caricaturizada y muy negativa de los alemanes².

¹ En el caso de *Fille de puisatier* de Marcel Pagnol, tras el fin de la ocupación, una de las escenas, el discurso de Pétain del 17 de junio de 1940 fue sustituido por el llamamiento que realizó De Gaulle el día siguiente y el film continuó proyectándose. <http://histgeo.ac-aix-marseille.fr/a/ppa/d006.rtf> (Consultado el 23 de junio de 2005).

² JACQUET, Michel: *Le cinéma français sur l'Occupation*, 7ème RDV de l'Histoire, BLOIS 14-17 Octobre 2004

El cambio de tendencia comienza a apreciarse con *Nuit et brouillard* de Alain Resnais (1956), un film marcado por la censura-boicot que obligó a eliminar una escena donde se apreciaba el kepis de un gendarme vigilando un campo de concentración alemán, lo que indicaba la complicidad del gobierno de Vichy con las deportaciones y la participación de la policía francesa en la «solución final» nazi³.

Los años 60 conocieron una producción cinematográfica que caminaba en una doble dirección: el retorno del individuo, indagando en el modo en el que cada francés vivió la época 1940-1944 y las consecuencias de la reconciliación franco-alemana en el proceso de construcción europea. Algunos alemanes (miembros de la Wehrmacht) aparecen como personajes positivos, respetuosos de las reglas de honor y prisioneros de su sentido de obediencia. Es el caso de *La ligne de démarcation*, film de Claude Chabrol (1965). Es el contexto el que ha cambiado a hombres y mujeres, convirtiendo a las buenas personas en indecentes y a indecentes en héroes. La nueva imagen de la Francia ocupada, el documental *Le chagrin et la pitié* de Marcel Ophüls (1969) muestra la pasividad de la mayor parte de la población ante las tropas alemanas.

Los años 70, por su parte, insisten en los límites difusos de la actitud y acción individual en la época y subrayan el papel de la cuestión judía. Dos son los personajes paradigmáticos del periodo, ambos torturados por sus dudas interiores. El primero de ellos es Lucien Lacombe (*Lacombe Lucien*, Louis Malle 1974) que, ante el rechazo que suscita su petición de formar parte de la Resistencia, decide formar parte de las fuerzas colaboracionistas. El segundo personaje es *Monsieur Klein*, (Joseph Losey, 1976), en la que Alain Delon, un francés acomodado víctima de un embrollo

³ <http://www.histoire.fr/vert/html/barbie4.htm> (Consultado el 23 de junio de 2005).

administrativo que le convierte en judío, decide seguir el juego hasta el final, aceptando su deportación.

La última fase, desde los años 80, se ha caracterizado por distintos elementos. El primero de ellos, como consecuencia de diferentes escándalos (Bousquet, Touvier, Papon, Mitterrand) es el levantamiento de todos los tabúes, lo que permite la realización de filmes abiertamente críticos con dicho periodo (*Papy fait de la Résistance*, 1984). El segundo elemento es la inquietud por el crecimiento de la extrema derecha que se refleja tanto en el crecimiento de los filmes documentales (*Shoah*, 1985, *Premier convoi*, 1992), como en el intento de combatirlos mediante un mensaje pacifista y generoso (sería el caso de nuestro film) desde una aproximación intimista e introspectiva. No se juzgan las actitudes de unos y de otros, se exponen, al mismo tiempo que se muestra la dificultad de la elección (*Laissez passer* de Bertrand Tavernier). Un último elemento es el carácter menos polémico de las aproximaciones cinematográficas a periodo de la Ocupación.

La película

La película *Adiós muchachos* es la historia, hasta cierto punto, autobiográfica de su propio guionista y director, el cineasta francés Louis Malle⁴. El filme narra la transformación y la entrada en la vida adulta de Julien, un niño de 12 años internado en un colegio carmelita francés en Fontainebleau en el mes de enero de 1944, varios meses antes del desembarco aliado y, por lo tanto, en un territorio controlado por las tropas alemanas y sus colaboradores del gobierno de Vichy.

⁴ JUHRE, D.: «L'Occupation dans «Au revoir les enfants» de Louis Malle», <http://mitglied.lycos.de/juda>, 1999.

Aunque el colegio parece en principio ajeno a la situación social de su país, Julien va tomando conciencia de la misma a través de las cartas que le envía su madre relatándole los bombardeos que está sufriendo París y, sobre todo, gracias a la creciente amistad con Bonnet, un nuevo alumno, del que pronto descubrirá que es judío (Jean Kippelstein) y que ha sido acogido en el colegio por el padre Jean junto con otros dos niños para que escape de la persecución antisemita. La relación con Bonnet se inició como competencia, pero rápidamente se convierte en complicidad intelectual.

Una comida en el restaurante de un pueblo cercano, en el que se produce un registro de la Milicia, reforzará el conocimiento de la realidad externa, la actuación de los colaboracionistas y la división de la sociedad francesa sobre la ocupación nazi. La propia madre de Julien representa a un grupo social acomodado que no apoya la ocupación alemana, ni la persecución de los judíos, pero que espera pasivamente la vuelta a la situación anterior de la guerra.

La delación del mozo de la cocina, expulsado del colegio por organizar un mercado negro, lleva a las aulas a las autoridades alemanas. Julien involuntariamente señala a Bonnet y tras algunas pesquisas, los nazis terminarán llevándose a los niños judíos y al padre Jean y cerrando el propio colegio.

Son esas circunstancias, la atracción por una cultura diferente, la sorpresa ante la traición y sus motivaciones y el orgullo por la defensa de unas ideas, las que provocan la madurez de Julien. El intento de mantener el colegio y a sus jóvenes ocupantes alejados de los acontecimientos, obviamente, deviene imposible y los alumnos se ven enfrentados a unos conceptos (delación, jerarquía, marginación y muerte) que adquieren un significado radicalmente nuevo en este contexto.

Cuatro son, además de los propios niños, los protagonistas políticos de la película: las tropas de ocupación alemanas, las autoridades francesas, los judíos y la Iglesia Católica. En las páginas siguientes vamos a ocuparnos en especial de los tres últimos. De hecho, los alemanes aparecen relativamente poco: en la estación al comienzo del film, un militar que quiere confesarse, los soldados que encuentran en el bosque a Bonnet y a Julien, en el restaurante y finalmente en el colegio.

El Gobierno de Vichy⁵

La ocupación alemana de Francia tras su rendición en junio de 1940 y la formación siguiendo, más o menos, los procedimientos constitucionales, del gobierno colaboracionista de Vichy, dirigido por el mariscal Pétain, obligó a la mayor parte de la población francesa a tomar partido. Este podía consistir en la oposición a las autoridades de ocupación y a sus cómplices franceses, optar por colaborar con los ocupantes y sus simpatizantes o intentar mantenerse al margen del conflicto. Fueron dos minorías las que eligieron alguna de las dos primeras soluciones. El patriotismo y/o una conciencia política consciente y decidida llevó a un sector de la sociedad francesa al rechazo contra la ocupación y sus cómplices, integrándose en buena medida en las filas de la resistencia auspiciada desde Londres por el general Charles De Gaulle.

⁵ Una amplia bibliografía sobre la Francia de la época de la Ocupación en www.fondationresistance.com/concours/bibliographiecnrd2002-2003.doc. Dos obras de conjunto sobre Vichy separadas en el tiempo: PAXTON, R. O.: *La France de Vichy. 1940-1944*. Paris, Éditions du Seuil, 1973 y BURRIN, P.: *La France à l'heure allemande 1940-1944*. Paris, Éditions du Seuil, 1995.

Otro sector de la población francesa decidió aprovechar la derrota francesa para iniciar la regeneración del país desde unas bases políticas e ideológicas sustancialmente distintas a las que habían predominado en las dos últimas décadas de la III República. Así, el 10 de julio de 1940 569 diputados votaron por la suspensión de las leyes constitucionales con sólo 80 votos negativos. Dos días más tarde, el recién nombrado presidente del gobierno, el mariscal Pétain, se autoproclamó jefe del ahora así denominado «État français». El régimen pétainista se sustentó en tres valores básicos, procedentes del tradicionalismo: «Travail, Famille, Patrie»; el culto a la personalidad: «Maréchal, nous voilà, devant Toi, le Sauveur de la France» y el apoyo y la cooperación con los ocupantes alemanes. No se trataba estrictamente de un Estado fascista, ya que carecía de alguno de los elementos básicos del mismo como un partido único (varios grupos reclamaban la dirección de la vida política francesa), un líder con un poder omnimodo (ya que la capacidad de actuación del nuevo gobierno era limitado) y una política nacionalista agresiva (necesariamente supeditada a la nueva alianza con la Alemania nazi)⁶.

La existencia de estos dos sectores activos (Resistencia y colaboracionistas), ciertamente minoritarios, y el enfrentamiento violento entre ambos nos permite hablar de una verdadera guerra civil en Francia mientras duró la ocupación. Este conflicto tuvo su prolongación, de alguna manera, con la depuración que acompañó la progresiva conquista del suelo francés por las tropas aliadas y la consiguiente búsqueda de los colaboradores del régimen de Vichy, para identificarlos y castigarlos, tal y como se refleja en el libro de Herbert Lottman⁷. La cólera popular que se manifestó de

⁶ AGULHON, M.: *La république. De Jules Ferry à François Mitterrand. 1880 à nos jours*. Paris, Hachette, 1990, p. 302.

⁷ LOTTMAN, H.: *La depuración, 1943-1953*, Barcelona, Tusquets, 1998.

forma virulenta durante los primeros meses de la liberación y la actividad sistematizada de los tribunales de justicia no nos pueden hacer olvidar, sin embargo, la relativa tolerancia que manifestó la sociedad y el estado francés hacia el fenómeno *collabo*. Las cifras, que muestran algunas variaciones según los autores, rebelan que unas 9.000 personas fueron asesinadas tras la Liberación, que otras 124.613 fueron juzgadas, 6.700 condenadas a muerte, 700 ejecutadas y que unos 50.000 funcionarios fueron depurados. La magnitud de las cifras no puede hacernos obviar, sin embargo, lo limitado de las responsabilidades que fueron enjuiciadas en ese momento. Años más tarde, en los primeros cincuenta varias amnistías concedieron el perdón a la mayor parte de los colaboracionistas con el nazismo, en nombre de la reconciliación nacional con el fin de no obstaculizar la reconstrucción física y moral de Francia.

La razón de esta actitud comprensiva se encuentra, sobre todo en la postura que adoptó Francia entre 1940 y 1944, aunque el contexto de la Guerra fría aporta asimismo algún elemento.

La gran mayoría de la población francesa mantuvo en los primeros años de la Ocupación alemana una actitud expectante. La asunción de la jefatura del estado por parte de Pétain desactivó la poca capacidad de resistencia de una sociedad que en los años anteriores a la guerra manifestó una escasa voluntad de rearmarse frente al peligro alemán y que se encontraba anonadada por el modo en el que la Wehrmacht había conseguido traspasar las líneas francesas, desmontando el mito de la invulnerabilidad de la Línea Maginot. La propia propaganda del régimen, presentando a Pétain como padre de los franceses y constructor de una nueva armonía, junto a los alemanes, de la que sólo se excluía la antiFrancia, también ayudó en dicho proceso⁸. El

⁸ BERTIN-MAGHIT, J. P.: «La utopía de Pétain: una estética de la seducción», *Archivos de la Filmoteca* 46, 2004: 88-100.

nuevo régimen encontró sin problemas el personal político necesario para su consolidación y las masas francesas vitorearon al mariscal en su viajes por el territorio galo. La tradición antirrepublicana, derechista, ultracatólica y ultraconservadora encontró en Pétain el modo de reafirmarse y llegar al poder. Pero también le apoyaron personas procedentes de una tradición izquierdista y pacifista. En la frase, tal vez demasiado rotunda del historiador Henri Amouroux, en Francia había cuarenta millones de pétainistas, prácticamente toda la población.

Piarrre Laborie, por su parte, matiza esa afirmación, subrayando las circunstancias en las que se produjo la rendición, con una prensa amordazada y circulando los rumores más inverosímiles. Señala, asimismo, que el alineamiento con el mariscal respondió a una crisis de conciencia nacional que ya existía en los años 30, que se manifiesta en un sentimiento colectivo de culpabilidad que concibe el armisticio como la expiación dolorosa de los errores pasados y que encuentra en el mariscal al salvador providencial de Francia. Múltiples serían los factores que condujeron a los franceses a reunirse en torno a Pétain:

El miedo a la muerte y la necesidad de encontrar certidumbres; la lógica de aceptar lo inevitable; el refugio en las actitudes expectantes y cortoplacistas debido a la rápida victoria alemana, la presión psicológica ejercida por el problema de los prisioneros retenidos en los campos alemanes (1.600.000), las preocupaciones ligadas a los problemas materiales y una profunda aspiración a la reconciliación nacional y a la búsqueda mítica de la unidad perdida⁹. La actitud alemana, por último, contribuyó a consolidar dicha actitud, ejerciendo, durante los primeros años, una represión menos brutal que en la Europa Oriental y realizando

⁹ LABORIE, P.: ««Quarante millions de pétainistes?»», *L'Histoire*, 129, 1990, 136-139.

una política más flexible para encontrar aliados que sostuviesen los nuevos frentes de combate que se iban abriendo según pasaba el tiempo.

En cualquier caso, la ilusión más o menos unánime, generada en torno a Pétain y al régimen de Vichy duró escasos meses, aunque el respeto a la persona del mariscal perduró incluso muchos años después del final de la guerra. El mantenimiento o la agravación de las restricciones para el acceso a múltiples productos y demás problemas cotidianos, al mismo tiempo que permitió la elaboración de disposiciones de todo tipo sin apenas contestación, alejaron progresivamente del régimen a muchos franceses que deseaban abiertamente el triunfo británico en su pugna con Alemania. En 1942, tras las razzias antisemitas del verano y tras el desembarco anglonorteamericano en el Norte de África (otoño), el edificio de Vichy empieza a hacer agua por todas partes. La zona libre fue ocupada por las tropas alemanas en noviembre. La derrota en Stalingrado fue otro momento clave en ese cambio. La instauración del Servicio de Trabajo Obligatorio en Alemania (febrero de 1943), motivo por el que en el film el profesor Moreau se encuentra en la semiclandestinidad, es definitivo para el abandono del mariscal y de sus acólitos más próximos.

El ejemplo del presidente Mitterrand (prisionero de guerra primero, funcionario de la administración de Vichy después¹⁰, miembro de las filas de la Resistencia en la primavera de 1943) es paradigmático de una franja de las elites francesas que creyó en la Revolución Nacional, pero que era profundamente antialemán y que desengañado por la sumisión del régimen al ocupante nazi, se pasó al otro bando. Las diferencias ideológicas entre vichistas y antivi-

¹⁰ Siendo ya presidente, Mitterrand ordenó adornar con flores la tumba de Pétain.

chistas serían por lo tanto bastante menores de lo que normalmente se tiende a suponer¹¹.

La Milicia¹²

De forma paralela al alejamiento que buena parte de la población francesa experimentó a lo largo de 1942-1943, la proximidad de la derrota acentuó la colaboración ideológica y militar con el nazismo alemán. Pese al liderazgo de Pétain y su defensa del orden, la neutralidad y una paz de compromiso, en las filas de Vichy se estableció un combate sordo entre los que Burrin denomina «los hombres de Estado», seguidores de Pétain y «los hombres de partido», procedentes de la extrema derecha y favorables a una estrecha colaboración con Alemania. Entre estos últimos destacan Pierre Laval, presidente del consejo, Joseph Darnand, jefe del SOL (*Service de Ordre Legionnaire*) y Philippe Henriot, líder del *Partit Populaire Français*. Todos ellos coincidían en el rechazo al parlamentarismo, el odio a los comunistas y, en menor medida, a los judíos, pero también se encontraban enfrentados entre sí. Los motivos de la disputa se extendían desde la lucha personal por el poder hasta el diferente modo de cada dirigente de enfocar la colaboración con Alemania. Laval pretendía que dicha colaboración sirviese para permitir cierto margen de maniobra al gobierno de Vichy, mientras que sus oponentes apostaban por una participación sin límites en la aventura nacionalsocialista. Alguno de ellos, como Darnand, llegó a jurar lealtad personal a Hitler. La ra-

¹¹ LINDE, L. M.: «Francia: de Vichy y el genocidio a los harkis. Las personas nacionales y sus culpas», *Revista de Libros* 100, 2005, 9-16.

¹² Sobre la milicia pueden consultarse las páginas que le dedica Burrin, *La France à l'heure allemande 1940-1944*. Paris, Éditions du Seuil, 1995, pp. 444-453.

dicalización de estos personajes pudo estar motivada hasta cierto punto en la creencia, en algunos casos justificada, de que la victoria aliada acarrearía su ejecución. Se trataba, por lo tanto, de vencer o morir¹³.

La manifestación más evidente y temprana de la colaboración con Alemania del fascismo francés fue la *Legión de Volontaires Français*, un grupo de combatientes que luchó en las filas alemanas contra la Unión Soviética y que, bajo distintas denominaciones, continuó defendiendo al III Reich hasta la caída de Berlín, en mayo de 1945¹⁴. En lo que concierne a la Francia de Vichy, además de los diferentes partidos que reclamaban su ortodoxia nacional-socialista, fue la *Milice Française* la que mejor simbolizó la colaboración con las tropas ocupantes. Mientras los grupos filonazis tenían su sede en París, la milicia fue creada en Vichy el 30 de enero de 1943, bajo la dirección de Darnand, un héroe de la guerra de 1914, como sucesora del Servicio de Orden Legionario. Con sus uniformes oscuros y sus boinas de cazadores alpinos, los milicianos aparecieron como una imitación local de la SA o de la SS. Son dos miembros de la milicia los que irrumpen en el restaurante donde se hallan comiendo Lucien y su familia para terminar siendo expulsados por un mando de la Wehrmacht o los que acuden al colegio en busca de fugitivos.

La Milicia se trataba de una entidad mixta, mitad policía auxiliar, mitad partido único y estaba organizada siguiendo el modelo del partido nazi, incluía a mujeres y a jóvenes y se dividía en dos guardias-francas, una de ellas permanente, militarizada y acuartelada. Darnand, con el apoyo de Laval, planteó su formación como un modo de unificar los distintos grupos proalemanes, algo que no consiguió, por

¹³ PAXTON, R. O.: *La France de Vichy. 1940-1944*. Paris, Éditions du Seuil, 1973, p. 270.

¹⁴ BEEVOR, A.: *Berlín. La caída: 1945*. Barcelona, Crítica, 2002.

la rivalidad entre los diferentes dirigentes de los mismos. De alguna forma se trataba del ejército del que carecía el gobierno de Vichy, pero también el instrumento, fracasado, para un nuevo encuadramiento de Francia. La Milicia que, por su origen, agrupaba a los partidarios políticos más convencidos y radicales del régimen pétainista, caracterizados por su anticomunismo, alcanzó los 45.000 miembros, al reclutar, además, a personas marginales tentadas por la aventura y el ejercicio de la autoridad, a jóvenes que huían del trabajo obligatorio en Alemania o a aquellos que entendían la Resistencia antialemmana como un primer paso hacia una revolución social que rechazaban categóricamente.

Sin llegar a los extremos que el propio Malle sugirió en otra película suya, *Lacombe Lucien*, el criado de la cocina, Joseph, simboliza la situación de algunos de los elementos que decidieron colaborar con los alemanes. Joseph se encuentra solo y excluido, descubierto por sus manejos del mercado negro en el interior del colegio, es el único expulsado, no teniendo a donde ir. Pero la venganza no es ni la única, ni la más importante razón para denunciar a los padres carmelitas. La seducción por el poder motiva la aproximación del cocinero a los nazis como forma de vengarse de los alumnos, que tienen todos padres ricos, y también de huir de su papel de cabeza de turco. Su nuevo abrigo y la afirmación que los alemanes son sus amigos muestran la nueva situación.

La Milicia era responsable del orden público y de la represión, en colaboración con las fuerzas ocupantes y para ello reforzó su organización paramilitar, su armamento y su movilidad. No fue un proceso automático, porque las autoridades germanas se resistieron a proporcionarles armas y a que extendiesen su marco de actuación a la zona que hasta finales de 1942 había sido controlada directamente por Alemania. Tras diversas polémicas y la búsqueda de aliados entre las SS, Darnand consiguió sus objetivos en septiem-

bre de 1943 a costa de convertir la Milicia en un servicio auxiliar de la lucha alemana contra la Resistencia.

El desarrollo de los acontecimientos y la propia voluntad de sus dirigentes convirtieron la Milicia en un instrumento de lucha contra la Resistencia. No era la única herramienta francesa en este campo, porque aunque el peso de la represión recaía en el ejército alemán y las SS, también la policía francesa actuó contra los que denominaban bandidos. No así el ejército regular, que en momento alguno luchó contra los Aliados del brazo de las tropas alemanas. La policía alemana disponía, además de sus propios auxiliares entre la población francesa. La Milicia adquirió rápidamente una reputación de eficacia y crueldad. De hecho, en el film la imagen de la Milicia es más siniestra que la de los propios alemanes, aunque puede ser debido a la mayor proximidad con sus compatriotas o a una menor autoridad de los milicianos.

La posibilidad, cada vez más real de la derrota nazi, (es el momento en el que transcurre la película) radicalizó a los milicianos que, en su enfrentamiento con sus propios conciudadanos, se arrogaron poderes de policía y de administración, realizaron una exaltación de la violencia y adquirieron un sentimiento agónico de su actuación que les llevó a recurrir a la ejecución de rehenes como forma de represalia por la muerte de alguno de sus compañeros y a utilizar la tortura, no tanto como fuente de información, sino como forma de degradación del adversario.

La existencia y las prácticas de la Milicia permiten afirmar que si Vichy no fue inicialmente un estado fascista, en 1943 caminaba en esa dirección¹⁵. Esta tendencia se acentuó en los meses finales de ese mismo año con la llegada al gobierno de varios líderes pronazis y la instauración del

¹⁵ AGULHON, M.: *La République. De Jules Ferry à François Mitterrand. 1880 à nos jours*. Paris, Hachette, 1990, p. 319.

estado-miliciano, que reforzó su compromiso con el nazismo y con Hitler. Se trataba de grupos fascistas franceses que no habían formado parte del corazón del régimen de Pétain, salvo cuando se apoderaron de él en la descomposición final. Tras la Liberación, muchos de ellos huyeron a Alemania, donde crearon una apariencia de estructura estatal que, evidentemente, no sobrevivió a la desaparición de Hitler. La mayor parte de sus líderes fueron ejecutados o se suicidaron.

La cuestión judía en Francia

La preocupación antisemita había sido una de las constantes, si bien no la más destacada, de la extrema derecha francesa del siglo XIX. El antisemitismo francés mezclaba, en dosis desiguales, el antijudaísmo cristiano, el antisemitismo económico y el nacionalismo exacerbado. Este sentimiento se vio exacerbado por la fuerte inmigración judía que experimentó el país galo en los años 20 y treinta como consecuencia de la Revolución bolchevique, primero, y del triunfo de Adolf Hitler en Alemania, después. Judíos rusos, polacos, alemanes, austríacos o rumanos llegaron a una Francia exhausta por la grave crisis económica de 1928, pero en la que no faltaron los comités de socorro, como el encabezado por el cardenal Verdier y que le permitieron conocer de primera mano las atrocidades que estaba cometiendo el nuevo canciller germano. El gobierno Daladier (1938-1939) no dudó, por el contrario, de expulsarlos de Francia, en medio de un clima prebélico en el que las publicaciones de extrema derecha acusaban a los judíos de excitar a las democracias contra Hitler.

Ese ambiente explica, en parte, la elaboración de las diferentes leyes que el gobierno de Vichy estableció para separar y excluir a los judíos del resto de la población fran-

cesa. Inspirado por la Acción Francesa, las ligas nacionalistas y sus doctrinarios y estimulado por el ejemplo alemán, el régimen pétainista transformó la Francia de la emancipación en la Francia de la exclusión. La cuestión resulta, sin embargo, más complicada. En primer lugar, nos encontramos con que la legislación antijudía francesa se empezó a elaborar en octubre de 1940, tres meses después de la rendición, pero sin que existiese un requerimiento previo por parte de las autoridades alemanas. En segundo lugar, en algunos aspectos, las leyes y, su aplicación, eran más duras que en el caso alemán. Por último, y en contrapartida, las consecuencias prácticas de ese cuerpo legislativo y de la colaboración de la administración y la policía francesa con las autoridades alemanas en la búsqueda y deportación de los judíos fueron sensiblemente inferiores, no sólo a los casos alemán o polaco, sino también al de países ocupados directamente por el ejército alemán, como Bélgica. Del mismo modo, hay que tener en cuenta que la política antijudía de Vichy fue sensiblemente diferente en 1940 y 1944. Vayamos por partes.

El 18 de octubre de 1940 el *Journal officiel* publicó dos leyes que definían el status de los judíos, fuesen estos franceses o extranjeros. En este último caso, se preveía su internamiento, mientras que en el caso de los franceses de raza judía (en junio se sustituyó la raza por la religión) se les excluía de las principales funciones políticas, administrativas y culturales. En marzo de 1941 se constituyó un Comisariado General para las Cuestiones Judías y en los meses siguientes se disolvieron las asociaciones judías y se inició un proceso de «arianización» económica que consistía en la venta forzosa de los bienes en manos de los judíos con una retención del 10% para el estado y los administradores provisionales de dichos bienes. El ministerio de la producción industrial, en una de las muestras de la tecnocracia vichista aprovechó la ocasión para racionalizar

la estructura económica suprimiendo pequeñas unidades comerciales, muy numerosas y demasiado arcaicas¹⁶. En 1944 casi 30.000 empresas comerciales judías estaban controladas por el Comisariado. Los expulsados de su empleo y sus bienes malvivían en el mercado negro, se asociaban con franceses «puros», sobrevivían gracias a los socorros de organizaciones humanitarias o, en el caso de los extranjeros, eran transportados a alguno de los 80 campos de internamiento existentes a lo largo y ancho de Francia. Estos campos llegaron a tener unos 40.000 internos, de los cuales 5.000 eran niños. A partir de mayo de 1941 se iniciaron los arrestos en masa en los que la policía y gendarmería francesas entregaron a las autoridades alemanas miles de judíos (12.884 fueron arrestados y deportados entre el 16 y el 17 de julio de 1942, en lo que se conoce como *la rafle du Vel d'Hiver*). En junio de ese mismo año, todos los judíos que vivían en Francia, fuese la que fuese su nacionalidad y cualquiera que fuese el lugar donde habitase (Zona libre o zona ocupada por Alemania) habían sido obligados a inscribirse en un censo especial. Parece evidente, vistas todas estas disposiciones, que la acción del gobierno francés facilitó el trabajo de las fuerzas de ocupación alemanas.

No es sencillo encontrar una explicación coherente de este hecho y, además del antisemitismo ya mencionado se ha citado otro elemento, la persecución antijudía como forma de preservar la autonomía de funcionamiento del gobierno de Vichy. Los defensores del régimen de Vichy insisten, asimismo, en que la participación en la persecución contra los judíos era una muestra de la leal colaboración de las autoridades francesas con las ocupantes, evitando así una mayor intromisión de estas en la vida cotidiana de los ciudadanos franceses y en la propia autonomía del gobierno

¹⁶ VERHEYDE, P.: «Vichy et l'«aryanisation» des entreprises juives», *L'Histoire*, 229, 1999, 16-17.

Pétain. La utilización de la policía francesa sería una forma de afirmar la capacidad del gobierno francés para mantener el orden en su territorio.

Pero lo cierto es que la temprana aparición de la legislación antijudía francesa no respondió a una presión alemana y que, en algunos casos, era más restrictiva que las propias ordenanzas alemanas. El antisemitismo se complementaba, a su vez, con la voluntad de las nuevas autoridades de instaurar una Revolución Nacional que trataba de reinstaurar los valores tradicionales de Francia, borrar las consecuencias nefastas, a su juicio, del Frente Popular y de regenerar un país vencido mediante la exclusión de los «perversores». Los judíos entrarían de lleno en esa última categoría.

Una vez decidida la Solución Final, esto es, el exterminio sistemático de los judíos europeos (1942), Vichy no sólo no emitió ningún tipo de protesta, como sí lo hizo parte del clero francés y de la opinión pública, sino que jugó un rol determinante en las razzias antijudías de ese año, aunque sí manifestó sus reticencias a partir del año siguiente. En cualquier caso, la preocupación por evitar la injerencia alemana, tuvo como contrapartida la participación activa de todos los escalones de la administración francesa en la persecución antijudía.

La dureza de la legislación antijudía francesa sólo puede entenderse desde esa voluntad de las autoridades de Vichy de eliminar el peligro judío. Además de las tempranas disposiciones de octubre de 1940, esa dureza se aprecia en la deportación de más de 6.000 niños judíos al campo de Auschwitz ordenada por Pierre Laval, uno de los pilares del régimen pétainista durante el verano y el otoño de 1942. Esta decisión es todavía más sorprendente si tenemos en cuenta que las propias SS habían excluido a los niños menores de 6 años de la deportación y fueron las propias autoridades francesas las que propusieron incluir a los niños judíos detenidos en la zona no ocupada por Alemania en los

convoyes. Se trataba de hijos, en gran parte de padres judíos no franceses, que habían sido internados, mayoritariamente, en el enorme campo, bajo administración francesa, de Drancy, al noreste de París, sin sus progenitores. La participación de las autoridades alemanas en el arresto de los niños parece haber sido nula. La soledad, el hacinamiento, la falta de las más mínimas condiciones higiénicas, la inadecuación de la dieta alimenticia y el posterior viaje hasta Auschwitz provocaron una masacre casi absoluta. En opinión del historiador Michael R. Marrus¹⁷, hay dos explicaciones para entender la actitud de Vichy. Se ha afirmado, por un lado, que Vichy sacrificó a los judíos extranjeros para proteger mejor a los nativos, completando los cupos exigidos por los nazis (100.000 judíos) con los niños de Drancy y otros campos. La segunda explicación, que le parece más plausible, se basa en la solución simple y amoral de un problema práctico. Resultaba más sencillo deportar a los niños que retenerlos en Francia y hacer frente a los cuestiones que creaba su retención, incluidas las protestas internacionales por la situación. Es más, pese al silencio del Vaticano, numerosos grupos cristianos franceses alzaron su voz para criticar el antisemitismo de Vichy. Una crítica mucho más eficaz si tenemos en cuenta que la propaganda pétainista subrayaba su papel de protector de la familia, mientras arrancaba los hijos a sus padres.

Pese a esa voluntad, los datos nos indican que la situación de los judíos en Francia fue relativamente benigna, si la ponemos en relación con la de otros países. «Sólo» 76.000 de los 330.000 judíos, franceses o extranjeros, que habitaban en el hexágono al inicio del conflicto mundial fueron deportados y 2.500 regresaron para contarlos. Ese 23% contrasta con el 55% de Bélgica, el 50% de Hungría o el 85%

¹⁷ MARRUS, M. R.: «Pierre Laval et les enfants juifs», *Les collections de l'Histoire*, 3, 1998, 60-63.

de Polonia. Tres son las razones que explican esa situación. La primera consiste en la concepción vichista de la cuestión judía. Los judíos constituían un estado dentro del estado y eran inasimilables, pero no había una raza judía. Este hecho no implicaba la eliminación física de los judíos, sino «únicamente» su exclusión de las áreas vitales de la sociedad y estado galo. Se trataba de convertirlos en ciudadanos de segunda clase. Es por ello que Vichy no impuso en la zona libre el uso de la estrella de David, ni les prohibió frecuentar los lugares públicos, ni celebrar matrimonios mixtos, ni convertirse a otras religiones. Tampoco autorizó la creación de guettos y las deportaciones masivas fundamentalmente afectaron a los judíos extranjeros. Parece obvio, sin embargo, que muchos dirigentes de Vichy, Laval particularmente, fueron víctimas de su propio discurso, de su progresiva insensibilización y de su alejamiento de la realidad. A medida en que se acomodaban a las tesis nazis, veían a los judíos, primero como parias y, segundo, como seres a exterminar. Se trataba de una actitud definida, no tanto por su antisemitismo, como por razones tácticas y de estrategia políticas, en el cuadro de negociación con los ocupantes que el mismo régimen había creado para afirmar su soberanía y legitimidad.

La división en zonas del territorio metropolitano, segunda razón, también contribuyó a atenuar las consecuencias. Hasta noviembre de 1942, momento en el que las tropas alemanas ocuparon la zona libre y la persecución se extendió a todos por igual, los judíos tenían el sentimiento de gozar de mayor libertad al sur de la línea de demarcación y muchos de ellos abandonaron el norte de Francia para refugiarse en el Mediodía o intentar emigrar a través de España, Suiza o el Norte de Africa. La zona de ocupación italiana que se extendía desde el Mediterráneo hasta la Saboya era, asimismo, un territorio relativamente seguro. La parte de Francia bajo control directo alemán inició desde septiem-

bre de 1940 las tareas para localizar y fichar a los judíos que habitaban en su demarcación y, desde mayo de 1941, se emprendieron arrestos masivos de los judíos extranjeros, que se extendieron a los franceses desde diciembre de ese mismo año. En julio se les había prohibido a todos ellos entrar en casi todo tipo de establecimientos. En los comerciales, se les permitía entre las tres y las cuatro de la tarde, un momento en el que la mayor parte de las tiendas estaban cerradas o con buena parte de sus provisiones agotadas. En mayo de 1942, todos los judíos mayores de 6 años fueron obligados a llevar la estrella de David.

La tercera razón de la benignidad de la persecución antijudía fue la solidaridad ciudadana y la conciencia de los propios judíos del peligro que corrían. Muchos franceses abrieron sus puertas a los refugiados y numerosos sacerdotes realizaron falsos certificados de bautismo, al tiempo que, como se trata en la película, conventos y colegios religiosos sirvieron de cobijo a muchos huidos. Otros judíos optaron por ingresar en los grupos de la Resistencia, fuese esta gaullista, socialista, comunista o propiamente sionista.

Uno de los elementos que sorprende de la actuación de Vichy y de las nuevas autoridades, tras la Liberación, fue la escasa repercusión de las actividades antijudías a la hora de valorar las responsabilidades políticas y penales de Pétain y sus colaboradores. El mismo Mitterrand al recordar las razones que le motivaron a abandonar Vichy no menciona para nada la cuestión judía y funcionarios franceses directamente responsables de la persecución contra los judíos, como Maurice Papon pudieron continuar su carrera sin mayores impedimento en la Francia de la V República. Las mismas disposiciones que en agosto de 1944 declararon la nulidad de todos los actos que establecían o aplicaban una discriminación fundada sobre la cualidad de judío del afectado, fueron utilizadas para destruir gran cantidad de documentación que, seguramente, además de las fichas de

miles de judíos, contenían la identidad de aquellos funcionarios que tomaron parte en la persecución de aquellos¹⁸. La cuestión judía no constituía para muchos franceses un aspecto fundamental de lo acontecido entre 1940 y 1944¹⁹ y en, consecuencia, tampoco lo fue tras la Liberación. Incluso en los juicios de Nuremberg los representantes del nuevo gobierno francés hicieron mucho más hincapié en la cuestión de los rehenes, de la represión o en el trabajo obligatorio que en la cuestión judía, mientras que la eventual responsabilidad francesa en la persecución antisemita no es evocada prácticamente nunca.

Los últimos años, por el contrario, han visto como la cuestión del antisemitismo y de la complicidad de Vichy en el Genocidio se han situado en el centro, tanto de las investigaciones históricas, como del debate público, político y jurídico. Fruto de ellos fueron los procesos contra varios funcionarios de la época de Vichy, octogenarios, acusados de crímenes contra la humanidad. Las condenas, sin embargo, continuaron haciendo más hincapié en la complicidad con el enemigo que en los crímenes cometidos contra sus propios conciudadanos²⁰.

La actitud de la Iglesia francesa

La Iglesia católica francesa se encontró en junio de 1940 en una situación paradójica, por una parte rechazaba el nazismo, pero por otra defendía la obediencia al poder establecido y se encontraba muy próxima a los valores en-

¹⁸ AZEMA, J.-P.: «La verité sur le fichier juif», *L'Histoire* 163, 1993: 58-60.

¹⁹ ROUSSO, H.: «Vichy et le «cas» Mitterrand», *L'Histoire*, 181, 1994: 76-79.

²⁰ ROUSSO, H.: «¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia», *Pasajes de pensamiento contemporáneo* 11, 2003: 77-91.

carnados por el régimen de Vichy (trabajo, familia, patria, tradición). La política desarrollada por Pétain: mantenimiento de la laicidad, pero impulso del catolicismo y de los valores tradicionalistas (autoridad y jerarquía), la concesión de subvenciones a las escuelas privadas (religiosas en su mayoría), también conducía a que el catolicismo francés aceptase, en muchos casos, entusiásticamente, la dictadura como forma de conservar sus derechos y libertades, y como modo de incrementarlos, al favorecer su esperanza de restablecer una sociedad cristiana en el hexágono tras un largo periodo caracterizado por gobiernos anticlericales y/o laicizantes. Una confianza reforzada por la ola de pietismo que llenó iglesias, colegios religiosos y asociaciones católicas como forma de expiación de los pecados cometidos por los franceses y que condujeron a su derrota frente a Alemania.

Ahora bien, mientras el apoyo explícito al mariscal Pétain no decayó hasta el último momento, los dirigentes del clero francés ofrecieron un sostén más limitado al gobierno, especialmente cuando este se aproximaba a los postulados totalitarios. Las mismas autoridades alemanas miraban con desconfianza a la Iglesia Católica que era concebida como un foco de patriotismo francés potencialmente peligroso y un núcleo de resistencia ideológica. Pese a ello, o tal vez, debido a ello, el alto clero mantuvo un silencio clamoroso sobre la colaboración con Alemania, que ni se aprobó, ni se condenó en momento alguno o sobre el neopaganismo de las doctrinas nacionalsocialistas. Se insistió, en cambio, en la importancia del orden y de la obediencia y la sumisión a las autoridades en temas considerados básicamente políticos y se rechazó el gaullismo y la Resistencia por romper la unidad del pueblo francés en un momento difícil. La persecución antijudía y la instauración del Servicio Obligatorio de Trabajo sí dieron lugar a algunas tímidas protestas semipúblicas por parte de los prelados franceses. Se trata de una actitud que contrasta con la mantenida por una iglesia

vecina, como la belga que reconoció al ocupante como un poder de hecho, condenó el SOT y recordó la incompatibilidad entre el nazismo y el cristianismo²¹.

Incluso cuando la posibilidad de una derrota alemana era cada vez más probable, el alto clero continuó apoyando sin reservas a Pétain y manteniendo una actitud prudente frente a la ocupación. Las razones para mantener dicho talante se extendían desde la defensa de la necesidad de unión de los franceses y, en particular de los católicos, realizada desde la preguerra, hasta la esperanza de una paz de compromiso, el deseo de una transición pacífica en el momento de la liberación y la conveniencia del mantenimiento del orden, pero sobre todo se debían a la incapacidad de los obispos de aflojar los lazos ideológicos y sociales que les ligaban al que ellos consideraban era el gobierno legítimo de Francia: Vichy²².

La disposición del bajo clero y de los fieles no fue tan matizada. Podemos distinguir cuatro posturas: La primera, se manifestó en una posición abiertamente favorable a Alemania, seguida por una minoría ínfima. La segunda se caracterizó por el seguimiento de la política de los obispos de acomodación y apoyo a Pétain. Un tercer grupo, que en algunos casos se puede identificar con el resto de las opciones, se orientó hacia los movimientos de renovación espiritual, litúrgico y organizativo de la Iglesia francesa, sentando las bases de la importante presencia en la sociedad gala de los grupos apostólicos en la posguerra. Un ejemplo de esa labor fue el gran número de jóvenes (2,3 millones) encuadrados en las diferentes organizaciones de la Acción Católica. Dicha cantidad suponía un 92% de los jóvenes

²¹ BEDARIDA, F.: *Histoire, critique et responsabilité*. Paris, Editions Complexe, 2003, pp. 147-153.

²² BURRIN, P.: *La France à l'heure allemande 1940-1944*. Paris, Éditions du Seuil, 1995, pp. 223-232.

franceses inscritos en alguna asociación. Los intentos de los grupos filonazis de atraerse y absorber las estructuras juveniles de la iglesia fueron rechazadas firmemente por la Iglesia. Un cuarto sector, por último, apoyó y participó en la Resistencia antialemana.

Sin participar en la Resistencia, muchos religiosos, obispos, sacerdotes o monjes, algunos de los cuales eran ardientes partidarios de Vichy, trataron de remediar las miserias de la guerra, en especial la persecución a la que eran sometidas las familias judías. Como sucedió en otros campos, la postura de la Iglesia en lo que respecta a la persecución de los judíos fue dubitativa y poco clara. Su decisión de no criticar las decisiones del nuevo régimen le llevaron a no denunciar las primeras medidas antijudías tomadas en otoño de 1940, aunque algunos prelados se preocuparon por las condiciones en las que vivían los judíos extranjeros en los campos de concentración. Tampoco se condenó la redada del *Vel d'Hiver* de 1942 por miedo a represalias contra los grupos de Acción Católica y la única medida adoptada fue dirigir una carta privada de protesta al mariscal Pétain.

A partir de ese momento, sin embargo, varios obispos y cardenales denunciaron mediante declaraciones pastorales leídas en las parroquias y difundidas por la Resistencia dicha persecución, abriendo una brecha entre la Iglesia y el gobierno de Vichy. Al mismo tiempo, muchos fieles y miembros del clero multiplicaron los gestos de caridad hacia los judíos, acogiéndolos en sus casas y residencias o proporcionándoles desde falsos certificados de bautismo hasta documentos de identidad o tarjetas de racionamiento.

En el caso de la Iglesia católica del País Vasco continental todas las posturas tuvieron sus representantes. El obispo de la diócesis, el flamenco Edmond Vansteenberghe, sin embargo, defendió la necesidad de separar el poder político y el religioso y, poco antes de morir, en diciembre de 1943 comparó en una homilía el trabajo obligatorio en Ale-

mania con las deportaciones realizadas en la antigüedad por los asirios, recordando asimismo la desaparición de dicho imperio. A pesar de ello, la mayor parte del clero vascofrancés no dudó de la legalidad y de la legitimidad del gobierno de Pétain y animó a los jóvenes a cumplir con las disposiciones que les obligaban a formar parte de los servicios de trabajo en Alemania. No faltó además algún alineamiento extremo, como el del director del semanario *Eskualduna*, Sauveur Arotzarena que tradujo al euskera y publicó alguno de los discursos de Hitler²³.

La participación en la Resistencia se realizó a través de las redes de evasión de los pilotos aliados derribados y que les conducían a España. El ejemplo más conocido es el del padre benedictino Gregoire Joannategy, deportado a Buchenwald en diciembre de 1943, junto con otros dos compañeros de orden y que pudo volver al monasterio de Belloch al finalizar la guerra, escribiendo sus memorias²⁴.

La vinculación de la Iglesia con el régimen de Vichy no terminó en junio de 1944, sino que continuó en los años siguientes por el comportamiento de multitud de personalidades católicas, eclesiásticas y laicas, protegiendo, ocultando y defendiendo a diversos colaboracionistas que huían de las nuevas autoridades²⁵. Esta política, que buscaba la reconciliación nacional y pasar página, se trataba, en buena medida, de una derivación de la misma lógica que había conducido la actitud de la Iglesia durante la guerra, la necesidad de la unión de los franceses en torno a sus autoridades «legítimas».

²³ XARRITTON, P.: «Alemanak eta Baionako Eliza (1940-1944)», *Oihenart* 14: 203-215, 1997.

²⁴ JOANNATEGUY, G.: *Alemaniarra deportatua: Büchenwald 1944, Dachau, 1945*. Donostia, Elkar, 2003.

²⁵ BEDARIDA, F.: *Histoire, critique et responsabilité*. Paris, Editions Complexe, 2003, pp. 269-287.

Conclusión

Uno de los principales peligros a los que se enfrenta el historiador-crítico de cine, es la tentación de juzgar la obra por su fidelidad a la época que se representa en la película. Se olvida así que las leyes de la ficción nada tienen que ver con las del mundo real y que su única aproximación a la verdad está relacionada con el nivel de verosimilitud que tiene que ofrecer la historia que se desarrolla ante nuestros ojos. No podemos olvidar, asimismo, que el cine no se trata de un vehículo para el estudio de la historia y, sí, al contrario, una de las formas en las que la sociedad y el director, imagina cómo ha sido el pasado, partiendo de los problemas y tensiones de nuestra época. Las leyes de la ficción imponen asimismo su propia lógica al desarrollo narrativo. En ese sentido, aunque Malle trata de respetar los hechos tal y como él los recuerda, introduce algunos elementos que le permitan sugerir la atmósfera que pretende reconstruir.

La película es, por lo demás, una doble declaración. Una de culpabilidad del propio Malle que, 42 años más tarde, sigue sintiéndose culpable por no oponerse activamente al mundo de su alrededor marcado por la colaboración. Por ello, La película es una declaración de tristeza, recurriendo para ello a los colores monocromos, a las paredes vacías, a la nieve o al frío. La segunda declaración es de complejidad. Frente a un cine pretendidamente histórico que opta de forma habitual por la mixtificación espectacular, *Adiós muchachos* opta por una reconstrucción didáctica que, al mismo tiempo, trata de huir del juego maniqueo de enfrentar «buenos» y malos», sustituyendo el juicio crítico por la manifestación de los sentimientos. Malle rehusa mostrar una situación muy complicada de una manera demasiado simple y en lugar de poner las bases de una tragedia, trata de limitar la sentimentalidad. Frente a las imágenes fulgurantes, Malle opta por impresionar al espectador mediante

una atmósfera silenciosa y silenciada. No se habla de las responsabilidades, De la misma manera que el historiador actual trata más de comprender que de juzgar²⁶, Louis Malle trata de cumplir con su deber de memoria, con su deber de verdad, con una aproximación crítica al pasado en la que no se acusa a nadie, sino que muestra la mirada inocente de un niño al que la violencia abstracta e ilimitada de los adultos le resulta incomprensible.

Ficha técnico-artística

Título original: *Au Revoir les Enfants* (Francia, 1987).
Director: Louis Malle. Guión: Louis Malle. Montador: Renato Berta. Interpretes: Gaspard Manesse, Raphael Fejto, Francine Racette, Stanislas Carre de Malberg, Philippe Morier-Genoud. Color. 104 minutos. Género: Drama. Premios: León de Oro, Venecia 1987.

²⁶ ROUSSO, H.: «¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia», *Pasajes de pensamiento contemporáneo* 11, 2003: 77-91.